

La modernización del género: el caso de la clase media de Hermosillo, Sonora, después de 1940

Olivia Ruiz*

El artículo documenta y analiza el efecto desigual de la modernización económica sobre los hombres y las mujeres de la clase media de Hermosillo, Sonora, después de 1940. La primera parte describe la ideología y la práctica de género en Hermosillo en la época previa a la modernización. Se observa que la ideología de segregación jerárquica, donde las mujeres estaban confinadas a espacios privados y subordinados, estaba mediada por una realidad productiva en que los hombres y las mujeres frecuentemente trabajaban en espacios y labores comunes.

La segunda parte documenta cómo la modernización agrícola, al alterar la estructura productiva del estado, transformó las opciones de trabajo para la clase media y subvirtió las relaciones de género. Se argumenta que la modernización estimuló la profesionalización-asalarización de la clase media. Paulatinamente, se fue convirtiendo en una clase cuyos hogares dependían de un trabajador, casi siempre un hombre, que trabajaba lejos del hogar. En última instancia, se privilegió la función productiva-no doméstica sobre la reproductiva-doméstica.

Dos conceptos intrigantes que heredamos de las investigaciones de Ester Boserup sobre el papel de la mujer en el proceso de desarrollo económico son los de “pueblos de hombres” y “pueblos de mujeres”. Aunque aparentemente descriptivos, estos conceptos aluden a procesos amplios y complejos que rigen tanto las ideas y acciones de los hombres y las mujeres como las relaciones de género. Sumariamente, por medio de estas dos nociones Boserup nombra pueblos donde predomina un sexo sobre el otro en el mercado de trabajo y los espacios públicos de la sociedad. A un nivel más abstracto se refiere a la manera en que el desarrollo económico involucra y afecta a hombres y mujeres de manera diferente y desigual (Boserup, 1970: 85-87).

Como lo han señalado algunas críticas, si bien estos conceptos son ricos en implicaciones, para explicar las consecuencias del desarrollo económico sobre las mujeres y las relaciones de género, habría que añadir, sin embargo, otros parámetros de análisis (Benería y Sen, 1986). Como argumentan Benería y Sen es necesario abordar “las intersecciones entre el proceso social de acumulación, la formulación de clase social y los cambios en las relacio-

* Departamento de Estudios Culturales, El Colegio de la Frontera Norte.

nes de género" (1986: 147). El desarrollo económico capitalista, que muchos leen como modernización, es en su esencia desigual e impulsa mayores desigualdades como, por ejemplo, las de clase social, etnia y género. El destino de las mujeres en el proceso de modernización es matizado por su ubicación dentro de estos marcos de distinta magnitud y consecuencia. Las mujeres de clase media experimentaron la modernización de manera diferente a las mujeres pobres o de clase alta.

En este ensayo se examina un caso relativo al impacto de la modernización sobre los roles sexuales y las relaciones de género; el de la clase media de Hermosillo durante la época de la modernización de la agricultura después de 1940. Se analiza el efecto del desarrollo capitalista sobre la clase media (sobre su trabajo, por ejemplo) y los efectos de la transformación laboral sobre las actividades cotidianas de los hombres y las mujeres. El objetivo es ver de qué manera la modernización fue experimentada distintamente por los hombres y las mujeres de clase media.

Se arguye que la modernización, al transformar la base productiva de Hermosillo, alteró la estructura laboral, que a su vez estimuló la profesionalización-asalarización de la clase media; estos procesos, por su parte, se materializaron en el espacio. Esta asalarización transformó el trabajo masculino y femenino al diferenciarlo por actividades y en el espacio. Más específicamente, de constituir una clase media de productores independientes donde la producción se llevaba en o cerca del hogar e involucraba a familiares, se convirtió en una clase media primordialmente asalariada de hogares que dependían de un trabajador, casi siempre un hombre, que trabajaba lejos del hogar. Visto de otra manera, la asalarización contribuyó a marcar una distinción entre lo que ocurre adentro y afuera del hogar, esto es, del ámbito doméstico, y en última instancia privilegió lo productivo-no doméstico sobre lo reproductivo-doméstico para la clase media hermosillense.

El ámbito doméstico es central para entender los cambios en los roles sexuales y las relaciones de género, y especialmente, el destino de las mujeres a partir de 1940. Si se ignora o sacrifica la esfera doméstica para privilegiar el ámbito de la producción en el análisis del papel de la mujer en el proceso de desarrollo económico, se ignora el área donde tradicionalmente se ha centrado la mayor parte de la actividad, presencia y contribución femenina en la sociedad. A la vez, es necesario mostrar la interrelación entre lo público y lo privado, y explorar las múltiples y densas relaciones mutuas entre las dos esferas. Como señala Barbieri, lo doméstico está íntimamente relacionado con lo público, se nutre y sufre de él cotidianamente (Barbieri, 1991).

El análisis de la unidad doméstica se centra en examinar qué cambios en las actividades y los actores fueron introducidos en aquélla por la modernización. Para ello, es menester entender a lo doméstico como una unidad material e ideológica. Hay que tener presente la manera en que se pensaba y visualizaba el hogar antes y después de la modernización, para circunscribir la concepción, –formal e ideal– del comportamiento de sus miembros. A la vez, es necesario examinar el impacto material de la modernización en Hermosillo sobre los hogares. Así, se discute la generalización de un salario familiar (en el sentido de un único salario formal por familia), y el aislamiento de las zonas residenciales respecto de las áreas de trabajo asalariado, por ejemplo. Al final, el hogar es un resultado de la continua interacción, sobre él, de lo ideológico y lo material. En el caso de la clase media de Hermosillo, por ejemplo, la generalización de un salario familiar y la conversión de muchos hombres en sostenedores únicos de sus hogares influyó en las actividades que hacían tanto hombres como mujeres, dentro y fuera del hogar, así como en la concepción de lo masculino y lo femenino. Lo que se observa en Hermosillo es la gradual transformación de los ámbitos domésticos de la clase media; de espacios tanto productivos como reproductivos, a espacios que material e ideológicamente se limitan a la reproducción, y a ser responsabilidad de la mujer.¹

En 1940, en la víspera de la modernización de la agricultura, Hermosillo era un pueblo chico. El municipio contaba con 30 065 habitantes y la ciudad con apenas 18 601. Había crecido poco desde la época de la Revolución, lo cual se reflejaba en que la mancha urbana trazaba las mismas configuraciones desde principios de siglo (Almada, 1952: 339). En los primeros cuarenta años del siglo xx, sólo se había trasladado la estación de trenes a las afueras de la ciudad. Por lo demás, no había sufrido cambios su estructura.

La clase media, que constituía no más de 14% de la población, estaba compuesta principalmente por pequeños comerciantes, agricultores de pequeña escala, profesionistas independientes y trabajadores de gobierno. La clase media se insertaba dentro de una estructura de producción y de mercado de trabajo que dependía de la agricultura y el comercio; ambos sectores ocupaban más de 80% de la mano de obra. La industria, en muchos casos casi de

¹ El análisis está basado en trabajo de campo realizado en los años 1980-1981 y 1984. Las fuentes principales son: la observación participante, entrevistas en profundidad y documentos primarios (censos de población de Sonora, actas matrimoniales, periódicos locales) y secundarios.

carácter artesanal, ocupaba 20% de los trabajadores. Sin embargo, si la agricultura y el comercio empleaban a la mayoría de los trabajadores, estos dos sectores no habían crecido en los diez años comprendidos entre 1930 y 1940. De hecho, sólo la industria había registrado crecimiento durante esa década (de casi 34% según el *Censo general de población de Sonora*, 1940). Amarrada a los sectores primario y terciario, y en particular a la agricultura y el comercio, la clase media había tenido pocas oportunidades para crecer y diversificarse como fuerza de trabajo.

La clase media era un producto local, y el contacto con fuereños dentro y fuera de la ciudad era limitado. Eran predominantemente endogámicos, tendencia que se acentuaba en las mujeres, quienes se casaban con otros sonorenses en más de 90% de las veces (*Actas matrimoniales*, 1940). Además, la mayoría, tanto hombres como mujeres, tenía poca relación con otras regiones del país o con Estados Unidos. Pocos viajaban hacia afuera del estado y los extranjeros constituían apenas 0.6% de la población de la ciudad (*Pasaportes*, 1940;² *Censo general de población de Sonora*, 1940).

En este modo de vida delimitado por la región, existían ideas claras en torno al comportamiento de los hombres y las mujeres. *El Imparcial*, el periódico más importante de la ciudad, leído por la clase media y vocero de su pensamiento, a diario publicaba artículos dando consejos personales en torno a los roles sexuales. En esos consejos la ideología del hogar era especialmente importante para dilucidar el rol de las mujeres. Así, ella debía restringir su actividad al hogar; había que “cuidar a las hijas para que no adopten la costumbre de salir a la calle” (*El Imparcial*, 2 de mayo, 1940). Las jóvenes también debían de “ser castas y virtuosas,” ya que los hombres siempre preferían a “las mujeres tradicionales a las modernas” (*El Imparcial*, 10 de marzo, 1940). En entrevistas con mujeres que habían pasado su juventud bajo estas reglas de género, muchas confesaron que se habían casado para poder “salir a la calle”, esto es, ir a fiestas y reuniones sin el oprobio moral de novios, vecinos, hermanos, padres y otros parientes. El hombre, al contrario, se realizaba en los ámbitos públicos, donde se ejercía la política, la recreación (especialmente la que tomaba lugar con otros hombres) y el trabajo. En las relaciones entre hombres y mujeres existía una clara jerarquía donde lo público, —los hombres— dominaba sobre lo doméstico —las mujeres.

² Consiste en una revisión hecha por la autora de las solicitudes de pasaportes para 1940.

Sin embargo, si la ideología local identificaba el trabajo, el poder político y los espacios públicos con el hombre, y el hogar y la familia con las mujeres, la cotidianidad que vivían ambos no reflejaba tan nítidamente tal diferenciación. En muchos casos el trabajo y el quehacer doméstico tenían lugar en espacios comunes e involucraban a la misma gente. Para entender esta aparente falta de correspondencia entre la ideología y la praxis de género, hay que examinar más detenidamente el carácter del trabajo de la clase media y su relación con el ámbito doméstico.

En una gran parte de esta clase el sustento económico estaba entrelazado con la unidad doméstica y dependía principalmente de la mano de obra familiar localizada en el hogar. Éste era el caso de los pequeños comerciantes, y en mayor grado, el de los pequeños agricultores, donde el varón de más edad (o su descendiente primogénito varón, si él ya era demasiado viejo para manejar el negocio) generalmente aparecía como la figura pública y los miembros de la familia ayudaban a manejar los asuntos cotidianos del negocio. De hecho, era entre los agricultores donde aparecía la mayor proporción de trabajadores sin remuneración (*Censo general de población de Sonora, 1940*). Sin embargo, los hogares de profesionistas independientes también empleaban la mano de obra doméstica. Los médicos y abogados, por ejemplo, “empleaban” a sus esposas, u otras mujeres de la familia, como recepcionistas y secretarías; también se ocupaban ellas de las cuentas y los gastos. Además, en la mayoría de los hogares existía una activa “industria informal”, manejada principalmente por mujeres, quienes cocinaban, tejían y cosían para vender.

El papel de la familia en el sustento económico de la clase media también se debía al carácter mismo de su producción. Los comercios de pequeña escala, por ejemplo, usaban bajos niveles de capital y requerían poco entrenamiento de la fuerza de trabajo. Entre el grupo de pequeños comerciantes, las mujeres mantenían los libros de cuentas, ayudaban a vender los bienes, y hacían otros trabajos.

Los niveles educacionales de los hombres y las mujeres de la época propiciaban que trabajaran juntos. En 1940, el promedio del nivel educativo entre los hombres y las mujeres adultos era muy parecido, aun si los varones superaban ligeramente en número a las mujeres que habían cursado primaria, secundaria y bachillerato. Sin embargo, la relación cambiaba respecto del nivel universitario, ya que la población universitaria femenina rebasaba a la masculina, desbalance que se daba principalmente por la mayor cantidad de mujeres entre quienes habían estudiado comercio a nivel universitario (*Censo general de población de Sonora, 1940*).

Esta imbricación de lo doméstico con lo productivo se reflejaba en la localización del trabajo. Los lugares de trabajo estaban muchas veces localizados en una parte de la casa o en un edificio conectado a ella. En el caso de los pequeños comerciantes, por ejemplo, era común que la tienda estuviera conectada a la casa principal, o en el caso de los profesionistas, que la profesión, ya fuera la medicina o la abogacía, por ejemplo, se ejerciera desde una oficina del hogar. Aun en aquellos casos en que lo doméstico y lo productivo no coexistían, —en el caso de los trabajadores de gobierno, por ejemplo— rara vez estaban aislados uno del otro, y por consecuencia, los trabajadores pocas veces estaban lejos de sus familias. El tamaño de la ciudad hacía que cualquier punto fuera accesible caminando y esto significaba que las áreas de trabajo localizadas fuera del hogar nunca estuvieran geográficamente lejos de éste. Las zonas residenciales donde vivía la clase media, como la colonia del Cerro de la Campana, rodeaban el centro de la ciudad donde se ubicaba la gran mayoría de los servicios y comercios de Hermosillo.

Por el carácter múltiple del hogar de la clase media, lo doméstico y lo familiar constituían los ejes de la vida cotidiana, tanto en términos sociales y económicos como afectivos y normativos. Aunque es difícil dibujar un cuadro preciso de los hogares de clase media de esa época, éste se puede inferir de los censos de población y de entrevistas en profundidad. Podemos suponer que la mayoría vivía en hogares extendidos con parientes; una parte importante de los casos incluía a tres generaciones. Más de la mitad de la población vivía en hogares de cinco miembros o más (*Censo general de población de Sonora, 1940*). Finalmente, los hogares gozaban de bastante estabilidad pues la incidencia de divorcios era mínima (*Censo general de población de Sonora, 1940*).³

El carácter multifacético del ámbito doméstico tenía importantes implicaciones para la delimitación de la acción masculina y femenina. Como muchos hombres trabajaban en casa, como era el caso de los pequeños comerciantes y profesionistas independientes, participaban en las actividades del hogar. Pagaban cuentas, arreglos a la plomería, la electricidad y la carpintería. También pasaban tiempo con los hijos. Las mujeres, a su vez, se sentían con el derecho de discutir asuntos de familia y el trabajo con sus esposos. Como explicaba una mujer de 60 años, hija y esposa de pequeños comerciantes:

³ La mínima edad legal permitida para el matrimonio era de 14 años para las mujeres y 16 para los hombres.

Mi padre tenía una pequeña tienda en la sierra y desde chiquita empecé yo a trabajar con él y con mi madre. Yo ayudaba a vender y arreglaba las cosas que se iban a vender, y poco a poco fui aprendiendo cómo se manejaban los negocios. Cuando mi esposo y yo pusimos nuestra tienda yo le ayudaba, y a veces... pues yo sentía que él no sabía muy bien cómo hacer las cosas y como yo había aprendido de mi padre yo sí sabía, y le fui haciendo sugerencias a mi esposo, por ejemplo, qué vender, cómo arreglar la tienda para que la mercancía se vendiera más rápido, qué cobrar, cosas así.

Por lo general estas mujeres mostraban poca tolerancia con aquellos esposos que bebían demasiado, tenían amantes o eran violentos. Más de la mitad de las que entrevisté había amenazado a sus esposos de dejar la casa o de correrlos. Casi una cuarta parte de ellas había realizado sus amenazas.

De esta manera, aunque la ideología dominante del tiempo separaba a los hombres de las mujeres en una esfera pública-masculina, donde los hombres ejercían el poder político, y una esfera privada-femenina, orientada alrededor de la familia y la crianza de los hijos, la organización de la fuerza de trabajo de la clase media y su localización en el ámbito doméstico no necesariamente separaban a los hombres de las mujeres en la vida cotidiana. Un gran porcentaje de hombres y mujeres laboraban juntos en un trabajo socialmente productivo en un lugar compartido, el hogar.

El desarrollo económico, que llegó a Hermosillo en la segunda mitad de este siglo, introdujo enormes cambios económicos y sociales a la región. Diseñado para desarrollar la agricultura comercial en el estado, el proyecto modernizador empleó la tecnología más reciente, fertilizantes químicos, tractores, arados, y usó sistemas de crédito extensivos. La agricultura moderna transformó la economía local. Para la década de los sesenta, Sonora formaba parte de una área que contribuía con 50% de la producción agrícola del país, más de 60% destinada a la exportación (Cockcroft, 1983: 166; A. de Appendini *et al.*, 1977: 14).

En palabras de un analista de la época, si bien “la modernización de la agricultura mexicana tuvo poco que ver con el adelanto del campo... sí desarrolló las ciudades”; Hermosillo fue uno de los casos más relucientes (Hewitt de Alcántara, 1978: 106). En diez años, Hermosillo se convirtió en un municipio donde claramente dominaba la ciudad homónima. La expansión de la agricultura del estado estimuló tanto el crecimiento de la ciudad como la urbanización del municipio. A partir de 1940 hubo un auge en la construcción de calles, puentes, hospitales, sistemas de irrigación y edificios públicos. Entre 1940 y 1980 la ciudad creció en extensión geográfica, consumiendo regiones aledañas e incorpo-

rándolas a la mancha urbana. En poco menos de dos décadas emergieron nuevas zonas residenciales, la mayoría ubicadas en las afueras de la trama urbana existente, que a su vez estimularon la construcción de pequeñas áreas comerciales. Algunos, de tipo *mall*,⁴ lograron captar una parte importante de la clientela que antes había concurrido al viejo centro de la ciudad, estimulando su conversión a subcentros comerciales. El tradicional centro de Hermosillo, poco a poco se fue especializando en servicios federales, estatales y municipales y en tiendas con escala de ventas disminuidas.

Desde el principio, el crecimiento urbano corrió paralelo a la transformación de la base productiva; ésta a su vez abrió nuevas oportunidades de trabajo, en su mayoría para asalariados. Los proyectos de desarrollo crearon empleos para ingenieros, arquitectos, inspectores, agrónomos, contadores y técnicos de todo tipo. El número de empleados de los gobiernos federal y estatal, encargados de supervisar gran parte de este desarrollo, se incrementó continuamente durante los años que siguieron al *boom*. La construcción de la Universidad de Sonora a principios de los años cuarenta, abrió otros empleos para profesores, contadores y oficinistas. Basta con ver los cambios en el empleo por sector para darse una idea de la magnitud de la transformación que sacudió a la población de Hermosillo, y en particular a la clase media. En esta década la agricultura del municipio creció, pero no a la misma velocidad que el resto de la economía. Si en 1940 la agricultura empleaba 41.5% de la PEA, para 1950 solamente ocupaba 13.2%, y treinta años más tarde, sólo 16%. El terciario, en contraste, se robusteció continuamente durante la segunda mitad del siglo; de constituir casi 39% en 1940 a concentrar 57.5% de los empleos en 1980. La industria, por su parte, gozó de un abrupto crecimiento de 1940 a 1950, para luego nivelarse durante la secuela de las siguientes tres décadas (*Censos generales de población de Sonora, 1940-1980*).

El crecimiento de trabajos que empleaban a la clase media seguía el ritmo de expansión del sector terciario, aunque el efecto en ese tipo de empleo apareció tardíamente. Después de 1940 los empleos para profesionistas y oficinistas, típicamente trabajos de clase media, se expandieron continuamente; de constituir casi 16% de la PEA total en 1940, crecieron a casi 20% en 1960 y 25% en 1980 (*Censos generales de población de Sonora, 1940, 1960, 1980*).

⁴ Un *mall* es un inmueble que contiene diferentes tipos de comercios y servicios con una gran escala de ventas.

La reestructuración laboral transformó a la clase media. Esto se debió tanto a los nuevos tipos de oportunidades de empleo como al hecho de que para la década de los sesenta se había hecho difícil seguir en los mismos empleos. En el caso de los pequeños comerciantes, por ejemplo, los altos costos de entrada al sector cerraron las puertas a muchos comerciantes potenciales. De una manera semejante, la incesante monopolización de la tierra expulsó de la agricultura a gente de pocos recursos; en 1948 existían alrededor de 400 agricultores con una posesión promedio de 100 hectáreas cada uno. Para mediados de la siguiente década, este grupo se había encogido a 160 agricultores con aproximadamente 167 hectáreas cada uno (Hewitt de Alcántara, 1978: 155).

Las transformaciones en la estructura de trabajo iniciaron importantes cambios en el orden del género en la clase media hermosillense. Desprendieron el trabajo del núcleo doméstico. Los nuevos trabajos existían independientemente del hogar; no empleaban a miembros del grupo familiar y se localizaban en lugares lejanos a las casas de los trabajadores. En Hermosillo, en la segunda mitad de este siglo, la mayor parte de la clase media comenzó a trabajar como asalariada, en la iniciativa privada o en las instituciones públicas, ambas ubicadas lejos de sus lugares de residencia. El primer fraccionamiento de lotes residenciales destinado a la venta entre familias de clase media después de 1940, fue construido a una distancia de más de media hora de camino a pie del centro de la ciudad, haciendo necesario el uso de un carro o del transporte público.

La clase media, de hecho, fue beneficiaria y agente clave en este proceso de descentralización de la ciudad, rol que tiene en común con otras ciudades del país (Alegría, 1994). En términos generales, se ha documentado que los centros de mayor diversidad y cantidad de servicios y bienes están “espacialmente asociados con zonas de ingresos altos y medios” (Alegría, 1994: 10). En la medida que podía pagar por las viviendas de los nuevos fraccionamientos urbanos después de 1940, la clase media de Hermosillo generaba gran parte de la demanda correspondiente. En consecuencia, indujo a la construcción de nuevas zonas de vivienda, centros de servicios y comercios.

“Los establecimientos modernos abrumadoramente favorecen el empleo de los hombres...; el progreso económico beneficia a los hombres como asalariados” (Boserup, 1970: 139).

Esta evaluación del efecto de la modernización económica sobre el trabajo de los hombres y las mujeres, hecha con referencia al caso africano, describe con incauta precisión lo que pasó en Hermosillo, especialmente con la clase media. En el nuevo orden

laboral fueron los hombres quienes aprovecharon las oportunidades de empleo que emergieron con el auge económico. En esta masculinización de la fuerza de trabajo de clase media contribuyó el hecho de que los mejores empleos requirieran, y a veces hicieran imprescindible, un grado universitario. En la búsqueda de educación universitaria el hombre lograba mayor éxito. Así, mientras que los hombres y las mujeres adultos, en 1940 no se diferenciaban mayormente en sus niveles de educación, la profesionalización, la búsqueda de licenciaturas de la clase media iniciada a través de la modernización, generó diferencias importantes entre los sexos. Aunque los niveles educacionales en la clase media crecieron para hombres y mujeres durante la época posterior a los cuarenta, el número de hombres se mantuvo por encima del de las mujeres durante los sesenta y setenta. En 1970 los estudiantes hombres constituían 75% de la población con grados universitarios (*Censo general de población de Sonora, 1970*). En la época posterior a 1940, el grado profesional, encarnado en la licenciatura, se había manifestado como privilegio masculino, haciendo difícil que una mujer pudiera competir por los nuevos empleos.

A la vez, la generalización del salario familiar —otro resultado del auge económico—, hizo posible que un hombre pudiera mantener mujer e hijos en casa y que todos gozaran de movilidad social. Aunque son difíciles de probar aseveraciones precisas sobre el comportamiento del salario familiar, hay varios indicadores que iluminan un cuadro de decreciente participación femenina de clase media. Lo que podemos inferir de varias fuentes es que el índice de poder adquisitivo del salario en ciudades sufrió un descenso en el decenio 1940-1950, para gozar de un crecimiento fuerte y sostenido hasta finales de la década de los setenta.⁵ Paralelamente, la tasa de participación de la PEA en la población total (tasa bruta de participación, TBP) fue respondiendo a estas fluctuaciones salariales, siendo más alta en tiempos de bajo poder adquisitivo, y más baja en años de mayor poder adquisitivo salarial. Al parecer, cuando los salarios aumentaron, salieron trabajadores del mercado, y por el contrario, con los ajustes salariales se ensanchó la fuerza de trabajo.

La fuerza de trabajo femenina de Hermosillo respondió a las alteraciones en el poder adquisitivo del salario de manera similar. No obstante que la TBP femenina permaneció en alrededor de 24 a 15 puntos porcentuales por debajo de la TBP total del municipio

⁵ Para años anteriores a 1968 el índice del poder adquisitivo existe sólo para la ciudad de México. Para años posteriores se puede probar que ese índice, para el país como un todo, es similar al de la ciudad de México.

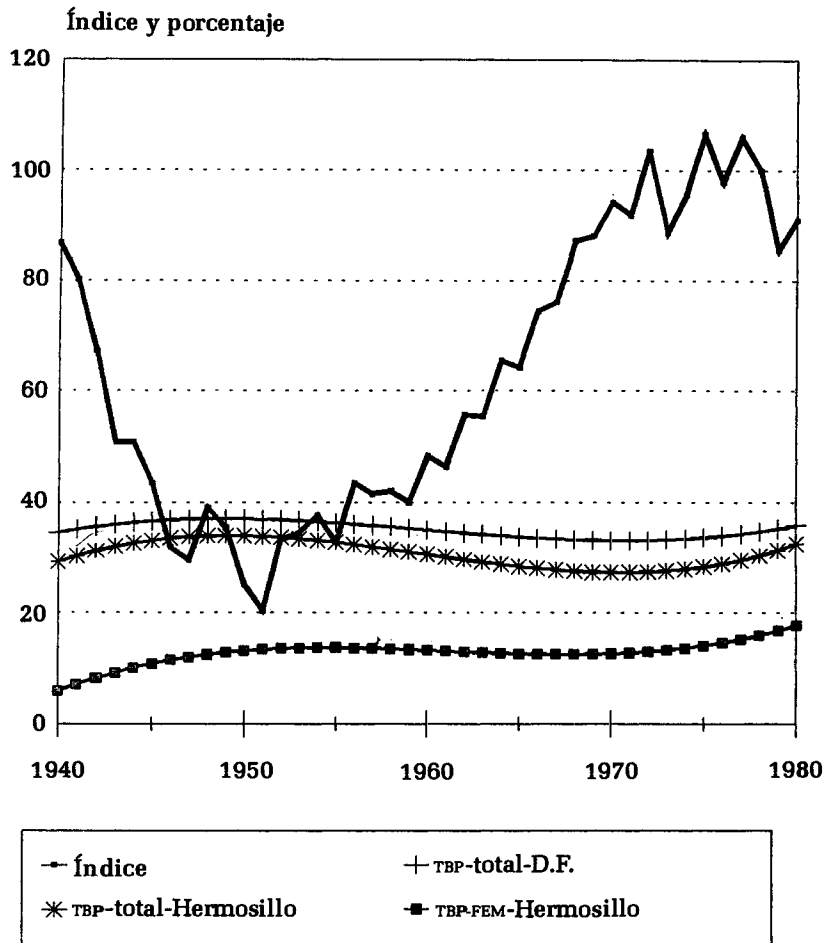
hasta la década de los ochenta, siguió el curso general de las fluctuaciones. Por cierto, la tasa de participación femenina contiene dos causas de cambio. Primero, hay una tendencia histórica definida por la continua integración de las mujeres a la fuerza de trabajo. Segundo, las fluctuaciones alrededor de esta tendencia histórica, es decir su entrada a y salida parcial del mercado de trabajo, obedecen a condiciones coyunturales que incluyen cambios en el poder adquisitivo del salario (como en la PEA total) y el ciclo vital, por ejemplo, la maternidad. Así, se observó un creciente aumento de trabajadoras femeninas después de 1940, paralelo a la pérdida del poder adquisitivo del salario. Entre 1960 y finales de la década de los setenta decreció la TBP femenina en Hermosillo, en correspondencia con el crecimiento del poder adquisitivo del salario (gráfica 1).⁶ Con la generalización de un salario familiar se abrieron las opciones de las mujeres y sus familias en cuanto a la manera en que se balancearon el trabajo-productivo, el trabajo-reproductivo (cuándo tener hijos y cuántos tener) y las tareas cotidianas de reproducción (manutención de familiares, del hogar y de sus miembros). Por ejemplo, las mujeres tuvieron la opción de trabajar hasta casarse o tener hijos. De hecho, las carreras de trabajo de mujeres que entrevisté en 1980 se habían caracterizado por ser carreras trucas, al menos durante los años de mayor fecundidad.

La generalización de un salario familiar en la clase media ayuda a explicar por qué las mujeres tardaron en formar parte de la población femenina de los años setenta que empezó a entrar en números mayores a las filas laborales. Como señala Oliveira, respecto a la participación laboral femenina de la época, las tasas “varían más entre regiones socioeconómicas que las masculinas”, siendo “mayores... en aquellos contextos urbano-regionales con una demanda específica de fuerza de trabajo femenina y no necesariamente en las ciudades con economías más dinámicas y con mayores niveles de participación masculina” (Oliveira, 1990: 33). Debido a la fuerte demanda de trabajadores hombres y de un salario familiar, Hermosillo trazaba el perfil de una ciudad que no propiciaba la entrada de mujeres de clase media al mercado de trabajo.

Esta separación genérica se vio reflejada y consolidada en el espacio urbano de Hermosillo. En la cotidianidad, los hombres

⁶ La medición está basada en la determinación del índice de poder adquisitivo del salario de 1940 a 1980 para México D.F., las TBP de la PEA de cada decenio entre 1940 y 1980 para México D.F. y Hermosillo, Sonora (*Estadísticas Históricas, Serie Precios*, Banco de México, 1982; *Censos generales de población de Sonora*, de 1940 a 1980).

GRÁFICA 1
Índice del poder adquisitivo del salario (1978=100) y tasas brutas de participación (TBP) en porcentaje



Fuentes: *Estadísticas Históricas, Serie Precios*, Banco de México, 1982; *Censos de población de Sonora*, de 1940 a 1980. Para años no censales se estimó la TBP con regresiones lineales de tercer grado.

comenzaron a monopolizar los empleos ubicados en el dominio público. Los nuevos trabajos de gobierno, por ejemplo (tanto municipales, estatales y federales), se concentraron en el centro de la ciudad. Las actividades de las mujeres se fueron restringiendo más y más a las de ser esposas, madres y amas de casa en las áreas residenciales suburbanas.

La separación tuvo importantes consecuencias para la constitución de roles sexuales y relaciones de género. Como la producción de la clase media se separó del hogar, los hombres también empezaron a dejar el ámbito doméstico, reduciendo la función de la casa a los quehaceres del hogar —ahora claramente marcados como femeninos—. Los hombres empezaron a pasar menos tiempo en el hogar, aislando a las mujeres en casa. Sin carácter productivo, el hogar se consolidó ideológicamente y se convirtió materialmente en el centro de trabajo reproductivo a cargo de las mujeres. En 1980, cuando inicié mi trabajo de campo, esta era la situación de la mayoría de los hogares de asalariados de la clase media. La mayoría de los hombres se levantaba temprano, muchas veces antes que cualquier otra persona en la casa, y llegaba al trabajo entre las 8:30 y las 9:00. Aunque la mayoría de los hombres trataba de comer en el hogar, muchos no lo podían hacer por cuestiones de trabajo, en particular, cuando las reuniones tenían lugar durante la comida. Otros se quejaban de las comidas cortas y apresuradas en casa, otra vez, a causa de las obligaciones de trabajo. No todos regresaban a casa inmediatamente después del turno laboral, y la mayoría, tarde. Algunos laboraban hasta la noche mientras otros habían desarrollado la costumbre de salir con los compañeros al final del día. Para cuando llegaban a sus casas, sus hijos ya estaban dormidos. La gran mayoría de los hombres entrevistados decían que no veían bastante a sus hijos.

Las mujeres, por otro lado, solían pasar casi todo el día en casa, ocupadas en los quehaceres domésticos. Aunque una lista de tareas típicas incluía limpiar, cocinar, coser, planchar y lavar, ellas también se ocupaban de arreglar las cosas que se rompían en la casa. En las cocinas había una lista de teléfonos de plomeros, carpinteros y electricistas. Las mujeres también estaban encargadas de la distribución del dinero ganado por el hombre asalariado. En la mayoría de los hogares el hombre daba su cheque quincenal, una porción de él, o una mensualidad a su esposa para que ella comprara la comida, la ropa, y pagara las cuentas de la casa. En este sentido, el cambio en la estructura laboral y la generalización del salario familiar hicieron posible que las familias de clase media pusieran en práctica una ideología basada en la separación de los ámbitos masculino y femenino.

En síntesis, en el periodo posterior a 1960, con el proceso de desarrollo económico bien encaminado, la mujer en general permanecía en casa, haciendo las tareas domésticas y cuidando a los hijos, dependiendo económicamente de un hombre que pasaba poco tiempo con ella y los hijos. El destino de una niña estaba marcado por las tareas que su mamá y otras mujeres de más edad hacían. En entrevistas con más de veinte niñas de sexto de primaria, de 11 y 12 años de edad, esta visión de la femineidad era evidente. A pesar de los enormes cambios que habían hecho físicamente irreconocible la ciudad de 1940, las ideas en torno al comportamiento femenino y al destino de las mujeres en general se habían modificado muy poco. Ante la pregunta acerca de qué era una buena mujer, las niñas declararon que su rol esencial en el futuro era ser buenas madres y esposas. La carrera universitaria, para aquellas –una minoría– que se lo planteaban, permanecía rezagada a tercer lugar. Entre las que querían estudiar y trabajar, existía el conflicto en torno a la necesidad de escoger una carrera que se pudiera estudiar en Hermosillo, pues entendían y aceptaban que los padres (especialmente el padre) no dejaría fácilmente a una niña estudiar en otra ciudad. Ante la pregunta acerca de cómo se imaginaban siendo esposas y madres con carrera, la mayoría declaró que una mujer debía de sacrificar su carrera ante la necesidad de atender a la familia.

Desde hace tiempo, la literatura sobre mujer y desarrollo económico hizo patente que la modernización involucra a las mujeres y los hombres de manera distinta y que la tendencia histórica, a contraseñas con la imaginación popular sobre la modernización, ha sido la continuidad de la marginación de las mujeres de los ámbitos de poder económico y social. Como lo señaló Boserup a principios de la década de los setenta, “en el curso de esta transición [la modernización] las mujeres serán privadas de sus funciones productivas” (1970: 5).

No obstante esa tendencia, es riesgoso plantear la premodernidad como una época de oro para las mujeres. De hecho, para muchas la modernización ha ido acompañada de nuevos valores, patrones sociales y tecnologías que las han liberado de las tareas más desagradables del hogar y les ha dado mayor control sobre su fecundidad. Más bien, en la evaluación de la condición de las mujeres antes y después del desarrollo económico capitalista, es necesario ver los múltiples y complejos cambios en su conjunto.

Como se ha mostrado aquí, lo que viven las mujeres debido a la modernización, es contradictorio, pues a la vez que puede haber una liberación al romper antiguas estructuras, también se socavan las bases establecidas de poder, y de respaldo personal y

social. En el caso de Hermosillo, en tanto que el hogar y la familia –los centros de acción femenina– quedaron fuera de los núcleos de producción, también quedaron rezagados a la periferia del poder social, tanto material como simbólico. En otras palabras, las transformaciones en los ámbitos de género, impulsadas por el desarrollo capitalista, a la vez que destruyeron viejas también crearon nuevas formas de subordinación de las mujeres.

En el análisis de la relación desarrollo y género, y especialmente en relación con las mujeres, habría que tomar en cuenta que la experiencia varía por grupo de mujeres y por la manera en que se involucra a la unidad doméstica. Primero, la suerte de las mujeres será distinta dependiendo de la clase, la raza, la etnia, además de la ciudad-región en que vivan. Segundo, es crucial en esa evaluación analizar la unidad doméstica, espacio central para la experiencia vivida de las mujeres en general. Habría que preguntar si fueron integradas o marginadas y si fueron integradas, determinar hasta qué grado, de manera participativa o subordinada. Como se observó en el caso de Hermosillo, paralelamente al abandono del hogar como lugar de producción (y de reproducción) se fue generando la subordinación de las mujeres. Vale la pena preguntarse qué tanto se benefician las mujeres cuando entran al mercado laboral si no se reconoce y retribuye el trabajo doméstico como trabajo productivo.

Lo que está en peligro en última instancia, es tanto el bienestar de la población femenina como el éxito del proyecto social en su conjunto. La subordinación y marginación de las mujeres de los centros productivos y educacionales, por ejemplo, en última instancia fomenta la creación de una ciudadanía de segunda clase, mal preparada para entrar al mercado laboral o participar y contribuir plenamente en la sociedad en su calidad de ciudadanas. Esto se comenzó a percibir en la década de los ochenta. Si las mujeres han comenzado a trabajar en números crecientes, la mayoría ha tenido que aceptar bajos salarios y laborar en malas condiciones y sin beneficios. Muchas otras solamente han encontrado trabajo en el sector informal. En otras palabras, durante los años ochenta la mayoría de las mujeres entró al mercado laboral con todas las desventajas que acumularon durante los 20 o 30 años anteriores, cuando fueron condenadas a ser ciudadanas y trabajadoras de segunda clase. De hecho, el atraso impuesto a las mujeres debido al proceso modernizador, quizás sea lo que resalta más del caso de Hermosillo. Paradójicamente, el atraso de las mujeres está acotado históricamente al periodo en que modernización significó crecimiento económico.

Bibliografía

- Alegría, Tito (1994), "Condiciones espaciales de la pobreza urbana y una propuesta para su disminución", Tijuana, Baja California, México (manuscrito no publicado).
- Almada, Francisco (1952), *Diccionario de Sonora: Diccionario de historia, geografía y biografía sonorense*, Chihuahua, Chihuahua, México.
- Appendini, Kirsten A. de y Vania Almeida Salles (1977), "Agricultura capitalista y agricultura campesina en México (diferencias regionales en base al análisis de datos censales)", en *Cuadernos del Centro de Estudios Sociológicos*, núm. 10, México, El Colegio de México.
- Barbieri, Teresita de (1991), "Los ámbitos de acción de las mujeres", en *Revista Mexicana de Sociología*, año LIII, núm. 1, enero-marzo, México.
- Benería, Lourdes y Gita Sen (1986), "Accumulation, Reproduction and Women's Role in Economic Development: Boserup revisited", en Eleanor Leacock y Helen Safa (comps.), *Women's Work*, Massachusetts, Garvey Publisher's.
- Boserup, Ester (1970), *Woman's Role in Economic Development*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Cockcroft, James (1983), *Mexico, Class Formation, Capital Accumulation and the State*, Estados Unidos, Monthly Review Press.
- Hewitt de Alcántara, Cynthia (1978), *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970*, México, Siglo XXI Editores.
- Oliveira, Orlandina de (1990), "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes", en *Mujer y crisis, respuestas a la recesión*, Río de Janeiro-Caracas, Venezuela, coedición Dawn/Mudar/Editorial Nueva Sociedad.

Documentos primarios

- Registro Civil, *Actas Matrimoniales*, 1940, Hermosillo.
- Censo General de Población de Sonora, 1940, 1950, 1960, 1970, 1980.
- El Imparcial*, Hermosillo.
- Banco de México (1982), *Estadísticas Históricas*, Serie Precios, México, Banco de México.
- Pasaportes, 1940, Hermosillo, Archivo General de Sonora.